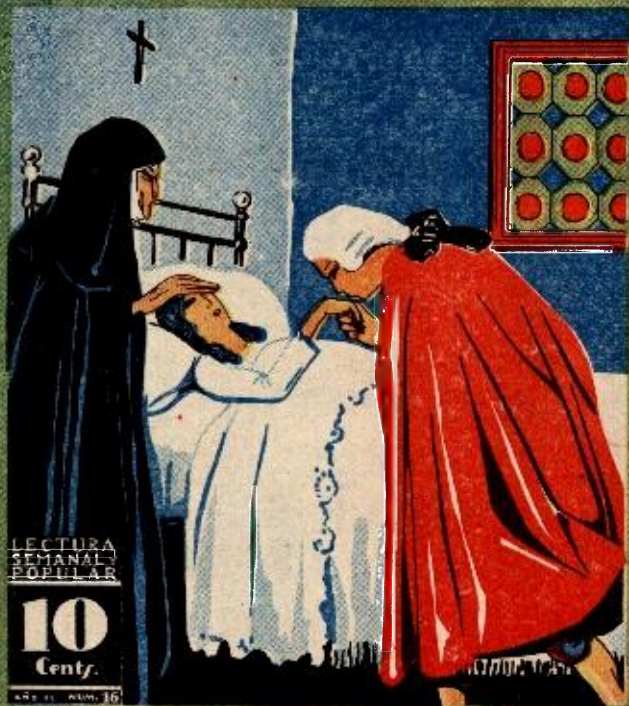




LECTURA
SEMANAL
POPULAR

10
Cents.

AGE 11, NUM. 16

ORTEGA y FRIAS
**HONOR DE ESPOSA
CORAZÓN Y DE MADRE**

LECTURA

AÑO II SEMANAL **PRE-
CIO:**

16 FEB. 1926 POPULAR **10
CTS.**

Periódico semanal que publica los martes la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Administración, cierre y talleres: San Sebastián. Administración, correspondencia y suscripciones: Madrid, Calle de Valencia, 28 - Apartado 447.

SUSCRICIÓN: Año: 5 Ptas., seis meses: 2,50 Ptas.

EN PUBLICACIÓN

HONOR DE ESPOSA Y CORAZÓN DE MADRE

por Ramón Ortega y Frías

Personajes y resumen de lo publicado anteriormente:

Margarita de Solís se enamora del caballero don Juan de Monzón, que por motivo de un duelo marcha a París. En ese tiempo la obligan a casar con el conde de Rocanegra, que tiene que ir a Méjico dejando un hijo: Leandro Sandoval. Llegan noticias falsas de su muerte. Regresa Rocanegra cuando Margarita y don Juan tienen un hijo que es entregado a una humilde

(Continúa en la penúltima página).

Este sacó la linterna y la abrió, diciendo luego:

—Si algo más necesita vuestra señoría...

—Nada más.

—Supongo que se trata de un asunto delicado... Perdone vuestra señoría que me permita hacer estas observaciones.

—No te equivocas, Pedro, y pronto comprenderás la situación.

—Pues aquí estoy, dispuesto a todo.

—Ahora vamos en busca del señor Querubín: suponemos que por aquí debe de encontrarse, porque en este convento está la mujer a quien ama, que no es otra que la hija del comendador don Pedro de Saavedra.

—Ya entiendo.

—Hemos sabido que está gravemente enferma, y ni siquiera tenemos el consuelo de averiguar si mejora.

—Pues me parece muy fácil.

—La han traído aquí con mucha reserva, y creo que ni las monjas saben quién es la que ha venido en clase de educanda o de novicia.

—Vuestra señoría dice que el señor Querubín...

—Ama a la hija de don Pedro.

—¿Debo suponer que ella le corresponde?

—Así es la verdad.

—¡Oh! ¡Ahora comprendo lo que estos días se ha murmurado! ¡No necesito más explicaciones!

—Este secreto...

—¡Bien se me alcanza que es muy grave!

—Ya ves que depositó en ti la más ciega confianza.

—No ha de arrepentirse vuestra señoría.

Entraron en la calle de Santa Teresa.

—¡Ahí está!—dijo el sirviente.

No se equivocaba, porque Querubín iba y venía sin apartar la mirada de las paredes del convento.

Tal vez mientras él se encontraba allí María exhalaba el último suspiro.

Esto ~~era~~ demasiado horrible.

Lo que sufría Querubín no puede hacerse comprender.

Y su trastorno era mayor desde que había visto a la condesa.

El infeliz se preguntaba sin cesar por qué se había sentido tan turbado en presencia de la ilustre dama.

No podía olvidarla un instante, a pesar de que tenía demasiado en qué pensar con la enfermedad de María.

Ante todo deseaba Querubín saber cómo se encontraba la joven, sin perjuicio de adoptar una resolución que de una vez pusiera término a la situación violenta que a todos los hacía sufrir.

El señor de Guevara dio cuenta a su protegido de cuanto acababa de suceder en la morada de la condesa.

Escuchó con atención profunda el mancebo, prometió ir al día siguiente a saludar a la madre de Leandro, y luego dijo:

—Si queréis hacerme un favor, dejadme, porque necesito estar solo para reflexionar.

—Te advierto—dijo el hidalgo—que podemos contar también con la ayuda de este servidor fiel de nuestro amigo don Leandro.

—Es el mismo que me ayudó a salir del apuro la noche que encontré a mi padre en la casa de la costanilla.

Querubín fijó una mirada escudriñadora en el sirviente y le dijo:

—Nos entenderemos mañana, y he de dejar de ser quien soy, o daremos mucho que hacer al comendador.

—Eso me agrada.

—Pero ahora nadie puede ayudarme.

—¿Qué intentas ?

—Vais a verlo.

Querubín tomó la linterna, rogó a sus amigos que se ocultasen tras la esquina más próxima, se acercó a la portería del convento, y tomando el aldabón descargó tres o cuatro recios golpes.

Nadie le respondió.

El mancebo, que entonces no se ocultaba el rostro, volvió a llamar, y haciendo lo mismo una y otra vez, oyó al fin pasos y una voz que preguntaba:

—¿Quién es?

—¡Abrid o asomaos a una ventana para que yo pueda cumplir mi encargo!—respondió Querubín.

—Pero, ¿quién sois?

—¡Un criado de cierta noble persona, a quien no puedo nombrar a gritos!

Un ventanillo se abrió.

—Explicaos ahora—dijo entonces Canuto, que era quien había acudido al llamamiento.

—Mi noble señor me envía para saber dos cosas: la primera, cómo se encuentra la enferma; y la segunda, si ha vuelto con bien la persona que le acompañó, y que luego tuvo un encuentro desagradable en la calle del Pez, pudiendo salvarse con el auxilio de una ronda.

—Todo eso que decís...

—Ha llegado a noticia de mi señor por el mismo alcalde que favoreció al perseguido; y está en tan gran cuidado su señoría, que no puede sosegar hasta saber positivamente que ninguna otra desgracia ha sobrevenido.

Con tal tono de sencillez dijo esto Querubín, que el demandadero cayó en el lazo; y cayó con tanto más motivo, cuanto que no se le exigía más sino que dijese cómo se encontraba la enferma y si él había vuelto sano y salvo al convento.

Querubín añadió:

—Si sois persona de confianza de la reverenda ma-

dre, no necesito pronunciar el nombre de la persona que me envía.

—Persona de su confianza soy.

—Entonces podéis contestarme; y si no queréis hacerlo, dad parte a la superiora.

—La enferma sigue lo mismo, entre la vida y la muerte, y esperamos con gran ansiedad a que amanezca y vuelva el médico.

—¿Y qué me decís de la otra persona?

—Soy yo mismo, que llegué sin otra novedad.

—Pues os felicito y os deseo salud.

—¿Nada más queréis?

—Nada más, porque ya he cumplido la orden que recibí de mi ilustre señor.

—Sin embargo, bueno sería que esperaseis, por si la muy reverenda madre superiora quiere enviar algún recado al señor de Saavedra...

—¡Cuidado, que pueden oírnos!

—Es verdad; y bien se ve que vuestro noble señor sabe elegir para su servicio hombres prudentes y discretos.

—¡Me honráis mucho!

—¿Con que quedamos en que esperaréis?

—Si he de hablaros con franqueza, estoy medio helado, y en esta calle el viento sopla con más fuerza de lo que yo desearía.

—Entraréis en mi habitación.

—¡Eso es otra cosa!

—Pues seguid calle arriba, y deteneos junto a una puertecilla que encontraréis.

—Una cosa os advertiré.

—Todo lo que bien os parezca.

—Mi señor me aguarda, y por nada del mundo le haré esperar.

—Si es la reverenda madre la que os detiene, vuestra responsabilidad está a cubierto.

—Sin embargo...

—Descuidad, que pocos minutos tendréis que estar aquí.

—Cuento con que, en caso necesario, la muy reverenda madre superiora diga a mi señor que no me he detenido por culpa mía.

—Así lo hará, porque es muy justo.

—Me tranquilizo, y esperaré.

Cerróse el ventanillo.

Querubín dio algunos pasos y se detuvo junto a una puertecilla que daba entrada a las habitaciones ocupadas por el padre capellán y por Canuto.

Este abrió, presentándose con una luz y diciendo:

—¡Entrad, entrad!

No era posible que sospechase que aquel mancebo era el mismo que le había detenido en la calle del Pez y que tan gran susto le había dado.

Querubín entró.

Atravesaron un pasillo y algunas habitaciones, deteniéndose en una muy pobremente amueblada.

—Voy a dar aviso a la superiora—dijo Canuto.

Y se alejó desapareciendo en otro pasillo.

Con desigual violencia latió el corazón de Querubín.

Los momentos eran preciosos, y quiso aprovecharlos para examinar el sitio donde se encontraba.

Desde aquellas habitaciones podía penetrarse en el convento por una puerta que todas las noches se cerraba, y que había quedado abierta para que Canuto pudiese acudir con prontitud si la superiora le llamaba para ir en busca del médico, o para prestar cualquier otro servicio.

La ardiente mirada de Querubín se hizo en un momento cargo hasta del último detalle del aposento y de los muebles.

Luego se acercó a la puerta y escuchó, sin percibir el más leve ruido.

Atreviéndose a salir, y avanzó por el mismo pasillo que acababa de atravesar el demandadero.

Llegó a otra puerta que, además de la llave, tenía cerrojos por ambos lados; pero estaba abierta.

Desde allí vio una galería, en una de cuyas paredes había una imagen en un nicho, y delante de éste un farolillo con una moribunda luz.

Comprendió el mancebo que allí principiaba lo que propiamente podía llamarse el convento.

Su primer impulso fue adelantar por aquella galería y, aun a trueque de producir un escándalo, correr hasta la celda donde se encontraba la hija del comendador; pero hizo un esfuerzo y consiguió dominarse, comprendiendo que aunque consiguiera ver por un instante a la joven, la situación se haría doblemente grave para todos, y él, probablemente, se inutilizaría, pues si no lograba escapar muy pronto, como las monjas gritarían pidiendo socorro, caería en manos de la justicia.

Esto pensaba, cuando al otro extremo de la galería brilló una luz.

Querubín retrocedió con ligereza y volvió al aposento de Canuto.

Pocos momentos después se presentaba éste, diciéndole:

—Siendo, como sois, persona de tan gran confianza del señor don Pedro, la muy reverenda madre superiora quiere hablaros.

—¿A mí?

—¿De qué os admiráis, joven?

—Me parece demasiada honra, aunque me alegro mucho, por si puedo llevar alguna buena noticia a mi noble y amado señor.

—¡Seguidme!

Querubín encontraba mucho más de lo que había buscado; conseguía lo que le hubiera parecido imposible.

No veía a la infeliz a quien adoraba; pero recorrería una parte del interior del convento, lo cual podía servirle de mucho en ciertos casos.

Dejaron atrás la galería, subieron una escalera, atravesaron muchas habitaciones, y en un pasillo y a la puerta de una celda encontraron a la superiora.

Muy difícil era el papel que el audaz mancebo tenía que representar, y la más leve torpeza podía ser su perdición.

Habíase quitado el sombrero, y como si estuviese muy turbado, inclinaba humildemente la cabeza.

—¡Acercaos, acercaos!—le dijo la anciana.

Obedeció Querubín.

No hay que decir que Canuto seguía creyendo que era imposible que el amante misterioso le engañara.

Tampoco sospechó la abadesa que aquel mancebo fuera el seductor temible y favorecido por Satanás.

—Reverenda madre—dijo Querubín—, mi noble señor está tan trastornado, que temo le cueste la vida el disgusto. Desde que entró en su casa no sosiega, y como si sufriera poco, se presentó un alcalde para decirle lo que había sucedido al criado de vuestra reverencia.

—Pues, a Dios gracias, de ese apuro se salió bien. Lo que me tiene muy apurada es que vuestra señora se ha empeñado en rechazar los medicamentos, y si no toma lo que el doctor ha mandado, se morirá. Yo no sé qué hacer: quisiera que vuestro señor se encontrase aquí, por si él conseguía lo que para nosotras es imposible. Inútilmente he empleado los ruegos y las amenazas.

—¡Ay!—exclamó tristemente Querubín— No me sorprende lo que me dice vuestra reverencia, pues ya otra vez sucedió lo mismo; pero entonces tuve el consuelo de

que mi noble y desgraciada señora quisiera escucharme. Dios me inspiró para decirle tales cosas, que tomó cuanto le di; y eso que uno de los medicamentos amargaba más que la hiel y, además, tenía un olor irresistible. Desde entonces fue cuando mi noble señor me tomó gran cariño, me distinguió entre todos sus criados, me recompensó largamente y depositó en mí toda su confianza.

—Pues, entonces, Dios os envía; aunque temo que la enferma no os reconozca, porque cuando vuelve en sí de sus letargos llama a su padre y, delirando, habla de los querubines.

—¿De los querubines decís?

—Eso he dicho.

—¡Preciso es reconocer que en todo esto anda la mano de Dios, pues está más clara que la luz del día!

—Sin duda, sospecháis, lo mismo que yo, que vuestra señora tiene en el cuerpo malos espíritus.

Y la anciana añadió, dirigiéndose a Canuto:

—Este joven me agrada, y creo que el señor de Saavedra hace muy bien en distinguirlo.

—Reverenda madre—dijo el mancebo—, supongo que mi pobre señora no llama a los querubines, sino que, solamente dice Querubín.

—¿Y cómo lo habéis adivinado?

—Muy fácilmente.

—¡Pues no lo entiendo!

—Debo advertir a vuestra reverencia que mi nombre es Querubín: sin duda la enferma me llama para que le dé los medicamentos, como sucedió cuando la otra enfermedad.

—¡Ah!

—Y eso justifica lo que antes he dicho.

—¿Con que os llamáis Querubín?

—Así me pusieron al bautizarme; y me alegro, porque es un nombre muy bello.

—¡Jesús, Jesús!

—No lo dudéis, reverenda madre: Dios ha hecho que ese bribón que ha trastornado la cabeza a mi pobre señora acometa a vuestro criado, porque así vuestro criado ha pedido socorro, se ha enterado la justicia, ha llegado la noticia a mi señor, y mi señor me ha mandado venir.

—¡No puede dudarse!

—Verdad es que mañana, al saber el señor don Pedro que su hija hablaba de un Querubín, hubiera comprendido que se trataba de mi humilde persona, y recordando lo que sucedió cuando la otra enfermedad, habría dispuesto que yo viniese; pero Dios sabe lo que de aquí a mañana puede suceder, pues en un abrir y cerrar de ojos concluye la vida de una persona.

—¡Os digo que estoy aturdida!

—Todo el día lo he pasado rezando; Dios ha querido escucharme, y ha dispuesto lo que sucede y nos admira.

—Aunque en las celdas no debe entrar ningún hombre, como se trata de volver la vida a una criatura, veréis a la enferma.

—Y tomará el medicamento; no lo dudéis.

—¡Aguardad, aguardad!

La anciana entró en la celda.

Una monja se encontraba allí cuidando de la enferma.

—Hermana—le dijo la superiora—, apartaos; colocaos allí donde hay menos luz, porque va a entrar un hombre. No tengo que haceros más advertencias.

La religiosa, que era joven, se separó de la cama y fue a situarse en un rincón.

Algo más sosegada parecía estar la hija de don Pedro.

La superiora se inclinó sobre el pecho de la enferma y dijo dulcemente:

—Hija mía, ¿no queréis que venga Querubín?

Pronunciar este nombre y estremecerse violentamente María, todo fue uno.

Abriéronse sus ojos, y su mirada, aunque vaga, se fijó afanosamente en la anciana.

—No queréis tomar lo que ha mandado el médico: si todo consiste en que os lo dé vuestro criado Querubín, vendrá, pues a todo estoy dispuesta por vuestra salud.

—¡Querubín!—murmuró con voz débil María.

—¿Queréis verle?

—¡Ah! ¡Madre mía, voy a morir!

—Porque no queréis tomar nada.

—¿Por qué me habláis de Querubín?—repuso la hija de don Pedro, como si empezase a recobrar las fuerzas.

—Porque le habéis nombrado sin cesar.

—¿Que le he nombrado?

—No os acordáis, porque vuestro trastorno...

—¡Me tendéis un lazo! ¡Oh! ¡Dejadme morir en paz!

—¡Otra vez delira!—murmuró la superiora como si hablase para sí.

—No, madre, no deliro; comprendo mi situación, porque ahora mi cabeza está despejada.

—No ignoro que cuando otra vez estuvisteis enferma ningún medicamento quisisteis tomar hasta que os lo dio ese joven que se llama Querubín.

No era posible que la infeliz María comprendiese lo que le decía la anciana, y guardó silencio, esperando más claras explicaciones.

—Prometedme que de mano de Querubín tomaréis el medicamento, y entrará.

—¿Pues dónde está?

—Vuestro padre le ha mandado venir para que se informe de vuestra salud.

— ¡Yo debo de haber perdido la razón!

— Decidid: si habéis de tomar el medicamento, Querubín entrará.

— Pues bien; que venga.

— ¿Y tomaréis?...

— ¡Si Querubín me da veneno, lo beberé!

— Tengo ya vuestra palabra, y me tranquilizo.

La superiora quiso aprovechar la ocasión, y salió de la celda.

CAPÍTULO XLVI

En la celda

Querubín aguardaba con ansiedad angustiosa. Había vuelto a inclinar la cabeza, y quedó inmóvil y con el oído atento por si oía algunas de las palabras que la superiora debía pronunciar en la celda.

El buen Canuto esperaba también y se ocupaba en mirar al mancebo, diciendo entretanto para sí:

— ¡No me engañarán, no; aunque ese amante desconocido cuente con la protección del mismo Satanás! Y en verdad que el comendador tiene criados que se expresan como personas muy bien educadas. Muy interesante es que la enferma tome los medicamentos; pero no sé hasta qué punto es conveniente la determinación de la reverenda madre; porque al fin este mancebo tiene pocos años, es hermoso, y eso de entrar y salir en las celdas, mirar y ser mirado, y acercarse al lecho donde está en ropas menores una doncella tan recatada como la hija del señor de Saavedra... ¡Dios me perdone!... No debo meterme en estos asuntos, porque mi única ocupación es evitar que el seductor penetre en este santo recinto, y eso, a fe de quien soy, no ha de suceder.

¿Qué hubiese sucedido si hubiesen dicho al demanda-

dero que aquel joven hermoso era ni más ni menos que el amante que de todos se burlaba ?

Salió la superiora.

Querubín, sin poder contenerse, le preguntó:

—¿ Puedo entrar ?

—Sí, porque ha prometido que de vuestras manos tomará los medicamentos.

—Viendo estáis que no mentí, ni siquiera exageré.

—El rostro es el espejo del alma, y de vuestra honradez responde vuestro rostro.

—¡ Gracias, reverenda madre!

—¡ Venid!

Sintióse trastornado Querubín.

Iba a ver a María, a la mujer a quien adoraba, y la veía cuando menos esperanza pudo abrigar de acercarse a ella.

¿ Podría dominarse ?

Era dudoso.

Dio algunos pasos y se encontró en el interior de la celda.

Era allí muy escasa la luz, pues no había más que una lamparilla con pantalla que proyectaba su sombra sobre el lecho; pero no necesitaba Querubín más claridad para distinguir perfectamente el objeto de su amor.

Ya hemos dicho que María, al oír pronunciar el nombre de su amante, había recobrado gran parte de sus fuerzas.

Su cabeza, aunque poco, se había despejado, y no estaba ya trastornada hasta el punto de no poder darse cuenta de su situación.

Verdad es que no comprendía cómo Querubín se encontraba en el convento, ni mucho menos cómo la superiora era la que tan solícitamente se ofrecía a introducirle en la celda.

¿ Qué significaba aquello ?

No era posible adivinarlo.

Muchas veces había visto la joven que el atrevido mancebo llevaba a cabo empresas que parecían imposibles, como si dispusiese de medios sobrenaturales, y lo que entonces sucedía era uno de tantos milagros.

No estaba María para cavilar, ni tuvo tiempo para hacerlo, ni quiso tampoco, pues lo positivo era que allí se encontraba Querubín, que iba a verle, y otra cosa no le interesaba entonces.

La desgraciada niña fijó en la puerta una mirada afanosa.

La emoción que experimentaba podía lo mismo salvar su existencia que concluirla en pocos minutos.

Al abrirse la puerta y aparecer Querubín, la hija de don Pedro exhaló un grito.

La monja, que se había colocado en el rincón, aunque sin levantar la cabeza, volvió los ojos, y su mirada se fijó en el hermoso mancebo.

Por lo mismo que le habían prohibido cuidarse de la persona que iba a entrar, tuvo la religiosa mayores deseos de contemplarla.

—¡Ah!—exclamó Querubín.

Y en tanto que de sus negros ojos se escapaban dos corrientes de fuego, acercóse a la cama, cogió una de las crispadas manos de María, la estrechó fuertemente, y la besó luego con frenesí.

—¡Querubín, Querubín!—murmuró la joven.

—¿Qué hacéis?—dijo la superiora— ¿Qué significa esto? Pensad, señor Querubín...

—¡Oh!

—¡Cuidado, cuidado!

—¡El respeto, el dolor, el cariño!...—replicó el protegido del señor de Guevara, empezando a comprender que había cometido una torpeza.

Empero su viva imaginación le suministró recursos para justificar su proceder, y dijo:

—Reverenda madre, a mis nobles y amados señores les beso las manos como hacía con mis padres, y me parece que esta costumbre, que prueba un respeto profundo, no debe ser objeto de vuestras severas reconvenciones.

—Es verdad; pero...

—¡Si comprendieseis lo que amo a mi noble señora!

—¡Ya se conoce, ya se conoce! Pero en estos momentos y en este sitio es conveniente cierta moderación.

El crujido de aquellos besos había hecho estremecerse a la monja que se encontraba en el rincón.

María respiraba penosamente, temblaba y tenía la mirada fija en su amante.

El rostro de éste se había contraído.

Su espíritu se agitaba violentamente.

Tenía que hacer sobrehumanos esfuerzos para no prorrumpir en terribles acusaciones contra el comendador.

Afortunadamente, la superiora se puso entre Querubín y María, y dijo a ésta:

—Ya le tenéis aquí: ahora es menester que deis cumplimiento a lo que habéis prometido.

—Sí, lo cumpliré—respondió distraídamente la joven.

—Pues demos principio en nombre de Dios.

Al decir esto la anciana se acercó a la mesa y tomó un vaso donde había un líquido espeso de color de chocolate, presentándolo a Querubín y añadiendo:

—Esto es lo que ha debido tomar hace dos horas.

—Pues ahora veréis.

El mancebo cogió el vaso y dijo a María:

—Aseguran que aquí está tu existencia, aunque me parece que es otro el remedio que necesitas.

—¡Dame!

Y la enferma hizo un esfuerzo, se incorporó, y bebió todo el líquido que el vaso contenía.

—¡Jesús!—exclamó la superiora— ¡No puede imaginarse cosa igual!

—Reverenda madre, ya no dudaréis.

—¿Cómo he de dudar de lo que he visto?

—Lo mismo sucedió cuando la otra enfermedad.

—Pero no entiendo...

—¡Dios lo dispone así!

—Porque sin duda, Dios os ha bendecido.

—Ya podéis estar tranquila; y si alguien viniera a decirnos que tengo en el cuerpo a Satanás...

—¡Jesús, María y José!—exclamó la anciana santi-guándose.

—Ahora sería muy acertado que se dejara reposar a la enferma para que le aprovechara el medicamento.

—Así se hará.

—Yo me quedaré a su lado y observaré por lo que pueda ocurrir, pues es preciso que sepáis que no soy del todo ignorante en medicina.

—Joven ¿no habéis pensado que lo que proponéis, aunque con muy buena intención, tiene apariencias de pecaminoso?

—¿Por qué?

—¡A solas con una mujer joven!

—No sería la primera vez, pues ya veis que, siendo su criado, habitando bajo el mismo techo...

—Pero ésta es la casa de Dios.

—Ya lo sé.

—Aquí las costumbres son distintas, y hay que mirar mucho lo que se hace.

Comprendió Querubín que por querer conseguirlo todo todo podía perderlo, pues si llegaba a infundir sospechas se produciría un escándalo y sabe Dios lo que sucedería.

Deseaba quedarse allí para contemplar a María y pa-

ra darle explicaciones; pero era forzoso renunciar a esta dicha.

Resignóse, pues, y se dispuso a obedecer a la superiora.

—Vamos—dijo ésta—, que vuestro noble señor estará impaciente, y puede creer que ha sobrevenido alguna nueva desgracia.

Una mirada cruzaron María y Querubín, mirada intensa y que expresaba lo que no hubieran podido decir con los labios.

Exhaló ella un suspiro penoso.

Hizo él un gesto de desesperación y salió de la celda.

¿Cuándo volvería a penetrar allí?

Jamás; y lo peor era que la situación debía cambiar, haciéndose doblemente crítica.

No había pensado en esto Querubín.

¿Qué sucedería cuando al día siguiente fuese al convento el comendador?

La superiora le hablaría del criado joven que tenía la virtud de hacer tomar a su señora los más amargos y repugnantes medicamentos, pronunciaría el nombre del mancebo audaz, y toda la farsa se explicaría.

En vez de ganar, había perdido mucho Querubín, pues su situación era ventajosa mientras don Pedro no conociese al amante de María.

Contraído el rostro y sombría la mirada atravesó galerías y aposentos Querubín precedido por el buen Canuto.

Éste se detuvo y abrió una puerta, diciendo:

—Os suplico que digáis de mi parte al muy ilustre señor don Pedro de Saavedra que puede vivir tranquilo, porque no se me engaña fácilmente.

—El comendador no se tranquilizará—replicó el joven—, ni vos confiaríais tanto en vuestra astucia si supie-

seis de lo que es capaz el hombre que ama a la encantadora María.

—Mucho valdrá; pero no ha de burlarse de mí.

—No se burlará, sino que, por el contrario, os vivirá muy agradecido por haberle abierto las puertas de esta santa casa.

—¿Acaso creéis que soy uno de esos bribones que se dejan sobornar por un puñado de oro?

Querubín, que ya había empezado a recobrar la calma, replicó:

—Suponed que yo soy ese seductor tan temible.

—No puedo suponer semejante desatino.

—Suponed, además, que me he presentado aquí con un nombre que lo mismo puede ser mío que de otra persona cualquiera.

—Me sorprende que estéis de buen humor.

—No han de pasar muchas horas sin que quedéis convencido de que habéis facilitado la entrada en este convento al amante misterioso de la hija del comendador.

—Habláis con tanta seguridad...

—No hay mejor prueba que el tiempo.

—Señor Querubín...

—¿C ó no os llamáis?

—Canuto Saltillo, para servir a Dios y para lo que bien os parezca mandar.

—Pues bien, señor Canuto; si algún día mejoro de fortuna, como espero, os recompensaré largamente por el servicio que acabáis de prestarme, y enviaré a esta santa casa para la imagen de la Virgen un manto de terciopelo ricamente bordado y una corona de oro que no valga menos de doscientos doblones.

—Ahora no os entiendo.

—Dadme vuestra mano, que soy vuestro amigo.

—Tomad.

—¡Buenas noches, señor Canuto!

—¡Que Dios os de salud, señor Querubín!

Salió el mancebo y la puerta se cerró, volviendo muy pensativo a su aposento el buen Canuto.

Leandro, el señor de Guevara y el sirviente aguardaban tras de la esquina.

—¿Qué has hecho?

—¿Dónde habéis estado?

—En el convento; ya lo habéis visto—respondió Querubín.

—¡Vive Dios!

—Y he visto a María.

—¿Habéis perdido el juicio?

—Y he hablado con ella.

—¡Truenos y rayos!

—Y he tenido el placer de estrechar sus manos y de besarlas en presencia de la superiora.

—¡Querubín!

—¡Oh! ¡Estoy loco, desesperado!

—¿Quieres explicarte?

—He representado el papel de criado del comendador; me han hecho entrar; me han dicho que María rechazaba los medicamentos; he asegurado que de mis manos los tomaría, como ya había sucedido otra vez, y la estúpida superiora me ha hecho entrar en la celda.

—Mañana—interrumpió Perico—el señor don Pedro lo sabrá todo, adoptarán nuevas precauciones, y, además, tendréis que declararos abiertamente enemigo.

—¡Querubín, has cometido una torpeza!

—Y lo peor es que he dicho mi nombre!

—¡Cuernos de Satanás!

—¡Ya no tiene remedio!

—¿Y qué hemos de hacer?

—No nos queda más recurso—dijo el señor de Guevara—que apelar a mi sistema. No es posible fingir, y este asunto habrá de resolverse con la espada.

Querubín inclinó sobre el pecho la cabeza y guardó silencio.

Sus amigos hicieron muchos comentarios y discutieron sobre la conducta que convenía seguir; pero el audaz mancebo no escuchaba.

Largo rato pasó de esta manera.

Al fin Perico se tomó la libertad de poner término a la conversación, diciendo:

—¿Qué hacemos aquí? Estamos medio helados, y me parece que para hablar debemos buscar sitio más cómodo.

—Nuestras casas—dijo entonces Querubín—. Dormí-miremos, y mañana haremos lo que nos sea posible.

—Pero el comendador vendrá temprano al convento.

—Yo iré antes a su casa.

—¿Para qué?

—Para sacar de esta mala situación algún provecho.

—Explícate.

—Dejadme ahora, que tengo mucho en qué pensar.

—¡Querubín!

—Padre mío, os suplico que no me pidáis explicaciones.

—Es que yo...

—Podéis hacer lo que mejor os parezca.

—¿Adónde vas ahora?

—A dormir, ya os lo he dicho, porque necesito descansar y desaturdirme.

Inútil fue hacer preguntas al mancebo, porque éste se concretó a despedirse de Leandro, y tomó resueltamente hacia la calle del Barquillo.

El señor de Guevara le siguió.

El hijo de la condesa y su sirviente regresaron a su casa.

El segundo pensaba en Querubín y decía para sí:

—Este mozo me gusta mucho, y me parece que ha de

dar algún mal rato al comendador y a las reverendas madres del convento de Santa Teresa.

¿Qué se proponía el audaz mancebo?

Nosotros tampoco lo adivinamos; pero pronto hemos de ver si, como él creía, de aquella mala situación sacaba algún provecho.

Le dejaremos dormir, y dejaremos también que pase la noche.

CAPÍTULO XLVII

Cómo don Pedro cumplía sus promesas

Las siete de la mañana acababan de dar.

El comendador había pasado muy mala noche, desvelado unas veces, otras fatigoso y soñando con su hija enferma, con la otra hija, a quien arrenazaban muchos peligros, y hasta con Mariana; pero, fiel a su costumbre, habíase levantado y pensaba almorzar para ir inmediatamente al convento.

Andrés había querido hablar con su señor; pero éste no había querido escucharle, porque le desagradaba mucho que le nombrasen a Consuelo.

Presentóse Querubín.

¿Qué quería tan temprano?

Andrés le preguntó sorprendido:

—¿Qué ocurre?

—Necesito hablar ahora mismo con vuestro señor de un asunto de muchísimo interés y muy reservado.

—¿Se presenta algún inconveniente para nuestro plan?

—Tal vez.

—¡Vive el cielo!

—¡No perdáis un instante, señor Andrés!

Éste desapareció, y a los pocos momentos acertó Juana a pasar por la habitación donde estaba Querubín.

—¡Vos aquí!—exclamó la doncella.

Miró el mancebo a todos lados, y aprovechando la ocasión, dijo:

—Tu señora está en el convento de Santa Teresa.

—¡Ah!

—Le vi anoche.

—¿Que la visteis?

—Hablé con ella, fingiéndome criado de don Pedro.

—¡Dios bendito!

—¡Silencio!

—¡Pero no hay para vos nada imposible!

—Cuida de que Andrés no escuche lo que voy a decir a tu señor.

—¡Me dejáis aturdida!

—¡Vete, Juana; vete!

Se alejó la doncella.

Volvió el criado.

Pocos momentos después se encontraba el mancebo frente al implacable anciano.

Estaba éste pálido y ojeroso.

Su mirada era sombría.

—Caballero—dijo Querubín—, no ignoro que está quebrantada vuestra salud.

—Efectivamente; desde ayer me siento mal. Si os recibo, es por ser quien sois, y porque aseguráis que es muy urgente el asunto que os trae tan de mañana.

—Sí, muy urgente y de muchísima importancia.

—¿Tenemos que luchar con algún nuevo enemigo?

—No.

—Sentaos y explicaos.

—Principiaré declarando que ni remotamente he dudado nunca de que un hombre de vuestra clase cumpla lo que promete.

—Y habéis hecho muy bien: si otra cosa pensaseis,

me ofenderíais, y yo tendría derecho a pedirós cuenta de vuestro proceder y a castigaros severamente.

—Puedo ofender a cualquiera; pero a vos, jamás.

—¿Con qué fin decís todo eso?

—Ahora lo veréis.

—Si pudierais explicaros con brevedad, os lo agradecería.

—Breve seré.

—Pues ya os escucho.

—Señor don Pedro, la primera vez que nos vimos me hicisteis una promesa.

—Ayudad mi memoria: estad seguro de que cumpliré lo que haya prometido.

—Queríais saber quién es el que ha trastornado la cabeza de vuestra hija.

—Eso quería y eso quiero.

—Yo conozco a ese hombre.

—Pero os empeñáis en guardar el secreto.

—Como mis revelaciones no podéis pagarlas con oro, y como nada conseguiríais con amenazas, a cambio de ese secreto que tanto os importa conocer, me ofrecíais decirme quiénes son mis padres.

La frente del comendador se contrajo más de lo que estaba.

—Es verdad—murmuró.

—Pues bien; ha llegado el caso de que cada cual dé lo que ha ofrecido.

—¿Estáis dispuesto?...

—He venido para deciros quién es el amante de vuestra hija, y para que vos me deis a conocer el nombre de mis padres.

La sorpresa hizo enmudecer a don Pedro.

Como se comprende, nada perdía Querubín por decir que él era el amante misterioso, puesto que el comenda-

dor había de saberlo aquel mismo día y en cuanto fuese al convento.

Ya que este secreto no era posible guardarlo, al menos encontraría el joven la ventaja de saber quiénes eran sus padres.

Así es como pensaba sacar provecho de la mala situación.

¿Le convenía a don Pedro cumplir entonces lo que había prometido?

Mucho le interesaba conocer al misterioso amante, y por conseguirlo hubiera dado la mitad de lo que le quedaba de vida; pero, en cambio, iba a deshacer uno de los medios más terribles y eficaces con que contaba para obligar a la condesa, pues sabemos que no solamente la había puesto en la dura alternativa de elegir entre su honor y la dicha de Leandro, sino también de renunciar para siempre a encontrar el hijo de su amor y su extravío.

Desde el momento en que la condesa abrazase a Querubín, ya no podría amenazarla con un sufrimiento más.

Don Pedro estaba colocado entre dos conveniencias, y no hubiera podido decir cuál era más ventajosa.

En un momento de arrebató hizo la promesa; pero cuando reflexionó, se alegró mucho de que su ofrecimiento no hubiera sido aceptado por Querubín.

¿En qué razones podía fundarse para no cumplir su palabra?

En ninguna, y quiso apelar al recurso de ganar tiempo.

—Señor Querubín—dijo—, el asunto es demasiado grave para tratarlo con ligereza.

—Por eso he querido reflexionar, y ya estoy decidido.

—Pero yo...

—Debo suponer que antes de hacer la promesa habíais reflexionado, porque otra cosa no se comprende en un hombre como vos.

—Sin embargo...

—Además, cuando un caballero promete, cumple, aunque luego comprenda que no le conviene cumplir, porque las promesas son deudas de honor, y las deudas de honor no puede dejar de pagarlas quien se llama Saavedra.

—¿Intentáis darme una lección?

—¡Dios me libre de llevar el atrevimiento hasta ese punto!

—Entonces...

—Me habéis dado una palabra, caballero, y espero que la cumpliréis, como yo estoy dispuesto a cumplir la mía, a pesar de que soy un pobre diablo que ni me llamo Saavedra ni siquiera tengo un nombre plebeyo.

—Otro día hablaremos de este asunto.

—¡Señor comendador!

—¡Estoy enfermo!

Púsose en pie Querubín, irguió la cabeza con altivez, fijó una mirada penetrante en el anciano, y dijo enérgicamente:

—Caballero, habéis prometido revelarme el nombre de mis padres a cambio de otro secreto que yo conozco: cumplid vuestra palabra, o de lo contrario tendré derecho...

—¿Quién sois vos para reconvenirme?

—Un hombre honrado.

—¡Basta ya!

—Pago mis deudas de honor; os doy el ejemplo...

—Os he dicho que otro día...

—¡Ha de ser ahora!

—¡Pues ahora no!—replicó el anciano.

—¡No sois caballero!—dijo fuera de sí el joven.

Don Pedro rugió sordamente.

Acababa de ser ofendido: se levantó y dio un paso hacia Querubín.

Este permaneció inmóvil.

Por algunos momentos se contemplaron con ojos centelleantes.

Ya no era posible que ninguno de los dos se contuviese para atender a lo que más le convenía.

Por fin, el señor de Saavedra dijo con voz reconcentrada:

—¡Hemos concluído!

—¡Os pesará!—respondió el joven.

Y dirigiendo la última amenazadora mirada al caballero, salió.

El comendador estaba aturdido.

Volvio a sentarse.

Quiso reflexionar y no pudo.

Después de media hora comprendió que el rompimiento con Querubín podía tener muy malas consecuencias.

El atrevido mancebo estaba en íntimas relaciones con las dos pobres mujeres de la costanilla de Santiago, y esta circunstancia debía considerarse de mucha gravedad.

Por más que parezca inverosímil, el recuerdo de sus amores con Mariana era para don Pedro como un fantasma aterrador.

Aquella desdichada mujer que no podía moverse, que ni siquiera podía hablar, que era pobre hasta el último punto de la pobreza, que no representaba en el mundo ningún papel, y, en fin, que nada podía, que nada sabía, infundía miedo al orgulloso anciano.

¿No podía suceder que la madre de Consuelo recobrase el uso de la palabra?

Aunque no fuera fácil, era posible, y el día que hablase revelaría el secreto de todas sus desgracias, y tal vez produciría un escándalo.

En este caso el comendador perdería mucha fuerza moral, y tal vez se vería en situación muy apurada.

Si hubiera sabido que el travieso Querubín había encontrado un ingenioso medio para que se explicase Mariana, el severísimo señor de Saavedra no se habría mostrado tan intransigente, ni mucho menos habría provocado la cólera del hijo de la debilidad de la condesa.

Querubín tenía un arma verdaderamente terrible; pero él mismo no lo sabía, y, por consiguiente, no pudo aprovechar las grandes ventajas de su posición.

Quiso el señor de Saavedra consolarse, y dijo:

—A pesar de todo, María se encuentra en lugar seguro, y es casi imposible que averigüe su paradero el miserable que le ha trastornado la cabeza. Por de pronto, iré a ver cómo ha pasado la noche, y luego adoptaré una resolución que de una vez ponga fin a estos enredos. Las consideraciones y contemplaciones están perjudicándome: será preciso que la condesa decida de una vez.

Púsose en pie el comendador, y como no se tranquilizaba, o más bien tenía necesidad absoluta de un desahogo, exclamó:

—¡Vive el cielo! ¿Y qué hace entretanto Andrés? ¡Pasan los días y nos encontramos lo mismo que siempre! ¡Para eso no necesito su ayuda!

Llamó, y se presentó su criado y confidente.

—¿Qué significa lo que pasa?—le dijo el comendador— Esto es inexplicable, y lo que no se explica me desagrada mucho. Un cambio tan repentino significa algo. Antes no quería, y ahora quiere. ¡Vive el cielo! ¿No me entiendes?

Recordaremos que Andrés creía que Querubín era hijo del señor de Guevara, y no tenía noticia alguna de que su señor hubiese puesto al mancebo en la alternativa que conocemos ya.

Tampoco sospechaba el sirviente que Consuelo fuese hija del comendador.

¿Cómo no había de quedar aturdido ?

—Si he de decir la verdad, no entiendo—respondió.

—¿Qué no entiendes ?

—Perdone vuestra señoría; pero me parece que es una confianza a medias la depositada en mí.

—¿Por qué dices eso ?

El que lucha no puede triunfar si no conoce todos los medios de ataque con que cuenta su adversario.

—¿Y qué vas a deducir ahora ?

—Vuestra señoría me ha confiado una parte de sus secretos, y, por consiguiente, en parte no más conozco la situación. Creo que he dado pruebas de mi lealtad, y, sin embargo, mi noble señora, vuestra hija, ha desaparecido, sin que a estas horas sepa yo lo que vuestra señoría ha determinado.

—¿Y para qué quieres saber dónde se encuentra mi hija ?

—Señor, muy bien puede suceder que yo dé un paso con las mejores intenciones, y contrarfe, sin saberlo, ni sospecharlo siquiera, los planes de vuestra señoría.

—Pero, ¿qué opinas de la extraña conducta de Querubín ?

—Ese mancebo trabaja de acuerdo conmigo.

—¿Y de acuerdo contigo ha venido ahora para ofenderme y amenazarme ?

—¿Amenazar ?

—Ni más ni menos.

—¿Pues qué ha sucedido ?

—No puedo decírtelo, porque hay cosas que a nadie se dicen.

—Entonces...

—¡Basta!—interrumpió don Pedro.

—Ya callo.

—De todo ello resulta que prometes mucho y cumples muy poco, o más bien, no haces nada, pues todo

se reduce a ir y venir, conferenciar, trazar planes, fijar plazos... ¡Oh! ¿Quién es el amante de mi hija? Si no lo has averiguado, nada has hecho, absolutamente nada que merezca la pena de tomarlo en consideración.

—Ese secreto lo conoce Querubín; y, si mal no recuerdo, me ha dicho vuestra señoría...

—¡Eso nada tiene que ver!

—Nos hemos preocupado, además, de las dos mujeres de la costanilla de Santiago.

—Pues bien; no te cuides de ellas: ¡déjalas en paz!

—¿Olvida vuestra señoría que el señor conde de Rocanegra?...

—¡Deja que el conde se arregle como le parezca mejor!

—Entonces, ya nada tengo que hacer.

—Lo único que me interesa es saber quién ha trastornado la cabeza a mi pobre hija, quién en mi propia casa se ha burlado de mí.

—Y mientras lo averiguo...

—¡Déjame, Andrés; déjame, porque me harás perder la paciencia!

—Señor...

—¡Mi sombrero, mi bastón, mi espada! ¿Qué esperas?

—¡Allá voy, señor; allá voy!

Andrés salió del aposento, mientras decía para sí:

—Una de dos: o mi señor se ha vuelto loco, o quiere hacerme perder la cabeza. ¿Qué ha sucedido? ¡Tanto interés como tenía por las dos mujeres de la costanilla, y ahora dice que las dejemos en paz! Y entretanto su hija... ¡Mil rayos!... Supongo que la ha llevado a un convento. ¿Y a qué ha venido ese endiablado Querubín? ¿En qué sentido amenaza? ¡No lo entiendo! ¡Me parece que lo mejor será trabajar por mi propia cuenta,

favorecer a quien mejor me pague, y dejar que sufra y que tenga paciencia el más torpelo

Andrés presentó a su señor las prendas que éste pedía y esperó nuevas órdenes.

El señor de Saavedra no pronunció una palabra, y muy agitado salió de su casa para ir al convento.

—¿Adónde irá?—se preguntó Andrés— Tal vez al convento donde está su hija. ¿Por qué no he de seguirle?

No hizo más reflexiones.

Tomó su capa y su sombrero y salió también. Iba a conocer el secreto que el comendador quería guardar tan cuidadosamente.

CAPÍTULO XLVIII

Hablan, y no se entienden

Media hora después se presentaba el comendador en el convento de Santa Teresa, y su visita era anunciada a la cándida superiora. Inmediatamente fue recibido en la celda de la anciana.

—Dios os inspiró anoche—dijo ésta—, porque la mejoría es grande: tan grande, que el médico se ha quedado aturdido.

—¿Mi hija está mejor?

—Y mucho, caballero; mucho.

—¡Ah! ¡Ya respiro!

—Creo que dentro de pocos días podrá dejar el lecho.

—¡Me devolvéis la vida, reverenda madre!

—Pero, ¿qué clase de influencia tiene vuestro criado para conseguir lo que parecía imposible? Os aseguro que me quedé aturdida. Como nada me habíais dicho, no pude sospechar que lo que vuestra hija deseaba era que

él se presentase. No sin razón pronunciaba su nombre.
¡Y yo creí que deliraba!

—Reverenda madre, figuraos que me habláis en un idioma para mí desconocido.

—Supongo que vuestro criado...

—Empiezo a sospechar que es un bribón—replicó don Pedro pensando en Andrés—. Promete mucho, y nada cumple; pero, dejando aparte su lealtad, no se me alcanza por qué le nombráis, cuando ni siquiera le habéis visto.

—¿Que no le he visto? Pues debe de haberos dicho que anoche le recibí.

—¡Señora!

—Caballero, vuestra sorpresa es inexplicable.

—¿Por qué?

—A consecuencia de lo que a Canuto le sucedió, enviasteis a vuestro criado.

—¿Canuto? ¿Mi criado? ¡Oh!—replicó don Pedro con impaciencia— ¿Quién es ese Canuto? ¿Y qué le ha sucedido? Os ruego que con franqueza me idgáis si he perdido la razón, pues, de no ser así, creo y juro que estoy soñando. Apenas me levanté, ese mancebo audaz, Querubín...

—¡Sí, eso es, Querubín!

—¡Me ofende, me amenaza!

—¡Horror!—exclamó la superiora, creyendo que el criado había faltado al respeto a su señor.

—¡Luego el otro me reconviene con más o menos disimulo!

—¿Qué otro?

—¡Andrés, reverenda madre; Andrés, que es un tunante redomado! Pero como me servía bien, como me ayudaba en este endiablado asunto, y es listo y valiente... ¡En fin, nada de esto os importa! El caso es que vengo a ver cómo se encuentra mi hija.

—Mucho mejor: ya os lo he dicho.

—Eso es muy agradable; pero lo demás...

—Me parece muy sencillo; y como yo estuve presente y hablaron muy poco, sin decirse nada de particular, me parece...

—¡Vive el cielo!—exclamó el señor de Saavedra, sin pensar que se encontraba en un convento y que le escuchaba una monja.

—¡Jesús, María y José!—dijo la anciana santiguándose.

—¡Perdonad, reverenda madre; pero ya no sé lo que hago ni lo que digo!

—¡Hoy os desconozco, caballero!

—No es extraño, porque me desconozco yo mismo.

—Pero ¿qué ha sucedido que así os exalta y os trastorna?

—¿Qué ha sucedido? ¿Acaso lo sé yo? Me habláis de mi criado, de otra persona que se llama Canuto...

—¡El demandadero de la comunidad!

—¡Buen provecho le haga! ¿Y qué me importa el demandadero?

—Es el mismo que os acompañó anoche.

—¿Aquel de semblante tétrico?

—Sí.

—Está bien.

—Ya sabéis el grandísimo apuro en que se encontró.

—No sé nada.

—¿Pues cómo enviasteis a vuestro criado?

—¿Os burláis de mí?

—Caballero, tened entendido...

—¡Lo que entiendo es que la cabeza me estalla! Decís que anoche vino mi criado y que le recibisteis.

—Y le dije que vuestra hija no quería tomar los medicamentos, lo cual explicó él recordando que lo mismo

había sucedido cuando María sufrió otra enfermedad.

—Ésta es la primera que padece.

—Y como entonces no quería tomar nada sino de mano de ese joven, le hice entrar en la celda...

—¡Estamos perdidos!—exclamó don Pedro poniéndose en pie como si le hubiese mordido una víbora.

Abriéronse extremadamente sus ojos, tornóse lívido, se desfiguró su semblante, y su mirada se fijó casi terriblemente en la superiora.

—¡Perdidos!—murmuró ésta sin saber lo que decía.

—¡Qué habéis hecho, qué habéis hecho!

Aunque la anciana no se hubiese explicado con claridad, comprendió don Pedro que la noche anterior había entrado en el convento un hombre; y no era esto lo peor, sino que había penetrado también en la celda de María, y ésta había tomado entonces los medicamentos.

No era menester más. El amante misterioso había conocido el secreto y había conseguido introducirse en aquel santo lugar, llegando hasta el lecho de la enferma.

¿Debía sorprender esto a quien sabía por experiencia de todo lo que era capaz el misterioso amante?

No solamente horrorizado, sino poseído de terror se sintió don Pedro, y ya debía convencerse de que era imposible luchar con aquel hombre.

Algunos minutos transcurrieron sin que ninguno de los dos pronunciase una palabra.

Horrorizada también se sintió la anciana superiora, por más que no comprendiera con claridad la situación.

Por fin el comendador rompió el silencio para decir con voz ronca:

—¡No sé lo que sucedió a Canuto, ni quiero saberlo! ¡No envié anoche ningún criado, ni me era posible hacerlo, puesto que ninguno sabe dónde se encuentra mi hija!

Continuará en el número 17

mujer, y del que, ni Monzón, que estaba enfermo, ni la condesa, saben nada, aunque lo buscan con ansiedad. Por eso don Juan se retira a su palacio. La condesa vive, amargada, con el conde.

El comendador don Pedro de Saavedra tiene una hija, María, a la que quiere casar con Leandro Sandoval; pero éste ama a Consuelo, hija de una pobre señora paralítica, doña Mariana, que no puede pronunciar ni decir el nombre del padre de Consuelo. Esta madre y su hijo viven cerca del sastre Policarpo. Godofredo de Guevara, arruinado, tiene recogido al joven Querubín, que no sabe quiénes son sus padres, porque fué recogido de manos de una mujer que se murió. Querubín, que es el personaje más importante de la obra, y María, la hija del comendador, se aman en secreto.

Don Pedro sabe el secreto de don Juan y la condesa, porque se lo oyó a Monzón cuando estaba grave; y cuando vé que la condesa apoya a su hijo para casarle con Consuelo, la amenaza con descubrirla; en cambio, si le ayuda, la ofrece encontrar el paradero de su hijo, que es Querubín. ¡Pobre condesa, puesta entre perder su honor de esposa o sacrificar su corazón de madre! Por eso piensa aconsejar a su hijo la boda con María.

El comendador don Pedro, su criado Andrés y el conde de Rocanegra se alían innoblemente, porque Rocanegra quiere tener amores con Consuelo. Asimismo Guevara, Querubín y Leandro se alían para defender la situación de los amores de éstos. Andrés, creyendo que a quien ama Querubín es a Consuelo, quiere engañarle y aprovecharse de él para secuestrarla por orden del conde y de don Pedro.

Tal es la trama de los personajes de la obra.

COLECCION ENIGMA



NOVELAS DE EMOCIÓN Y DE MISTERIO



TITULOS PUBLICADOS EN LA 1.ª SERIE

1 — J. Kees	Nubeles	11 — G. Lacroix	El cometa asesinado
2 — —	El odio por muerte	12 — —	Escudado en el río
3 — —	(Por ella)	13 — La Sirena	El cadáver del espacio
4 — —	La esposa del este mujer	14 — —	Al otro lado del mar
5 — —	La venganza del destino	15 — Symphonie	El capítulo Legende de Jaxar
6 — —	El secreto de Mari-Rose	16 — —	Los amigos de Francisco I y la Gloriosa
7 — —	Ultrapas Moral	17 — —	La venganza del destino
8 — ESTALON	Los cinco reos	18 — —	La Sirena
9 — G. Lacroix	Rito, libro I	19 — —	El secreto del asesino
10 — —	— — — II	20 — —	El hijo de Santo

PRECIO DE CADA TITULO EN DÓLARES

\$2.00 PENETAL

DE VENTA EN LIBRERIAS Y KIOSCOS